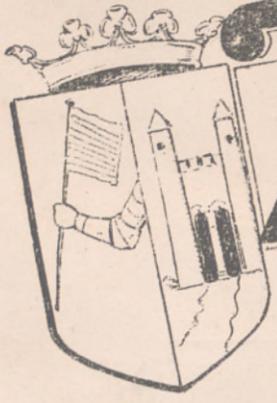
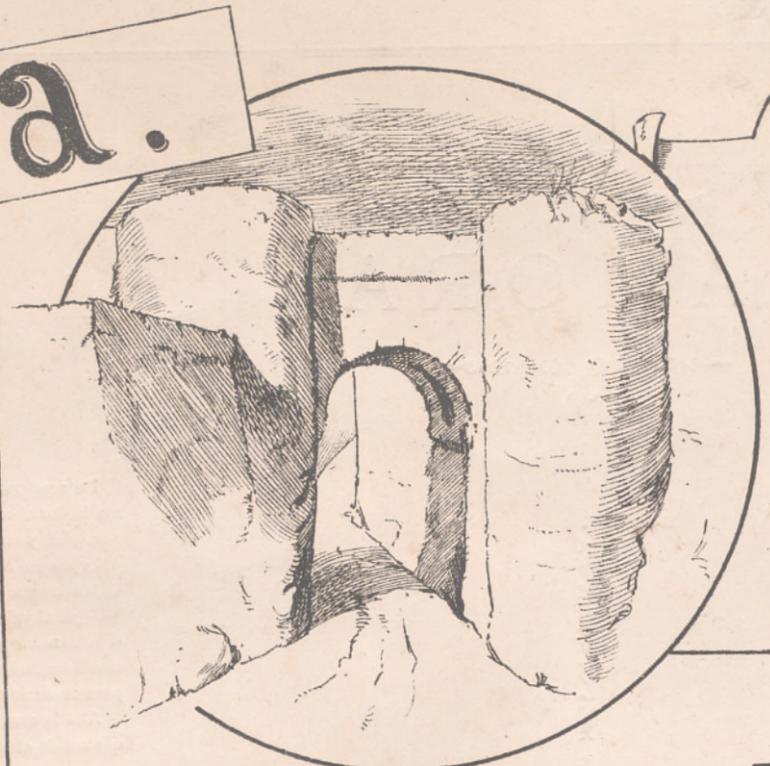


Zamora.



Artesana de primera, que para mí la quisiera.



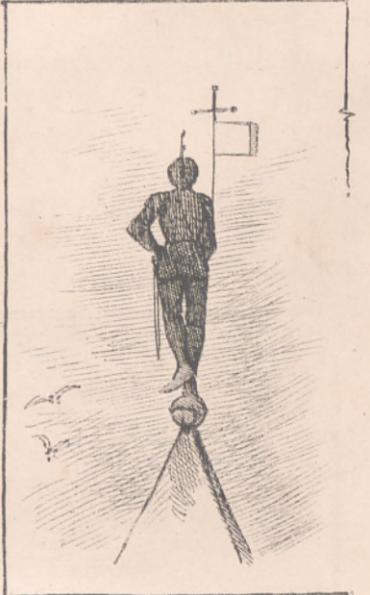
El arco de doña Urraca.



Carvajalino.



A la compra.



Pero mato.



De Puga.



De tierra de Aliste.



¡Escobar!



Una señora mayor vista del lado peor.



Un vendedor de huevos que, visto por detrás, parece una señora, aunque sea mala comparación.

Lit. de Brabo. Desengaño 14 y Madera 8. Madrid.



Un guardia municipal que parece otra cosa más importante.



Un barbián de la Persia, digo, de Sayago.



En la plaza del hospital, en día de mercado.



A todas horas y en cualquier parte.



Una persona muy fina con polainas y anguarina.



En Cubo del vino. A las nueve de la noche. —Tres huevos fritos... ¡una peseta!

VII

ZAMORA

Yo debería comenzar ahora
con un brillante párrafo escogido
tratando de si el pueblo de Zamora
tuvo parte en aquello de Vellido.

Mas supongo que á nadie le interesa
la muerte de don Sancho, ni su vida,
y renuncio á la empresa
(si no hay un consonante que lo impida).

El suelo zamorano es excelente
(con perdón de Bermillo de Sayago,
Alcañices, la Puebla y Benavente),
y al pasar por Zamora es conveniente
ó echarse una mujer, ó echar un trago.

Porque sabido es ya que dan la hora
las mujeres y el vino de Zamora.

Si vierais ¡vive Dios! una artesana
envuelta en la mantilla sayaguesa
con los labios lo mismo que la grana
y un cuerpo que parece que no pesa,
guapa como ella sola
y luciendo ese garbo omnipotente
en que puede dar quince para veinte
á todas las mujeres la española,
iríais con un cirio en cada mano
y de dulce fervor el alma llena
á dar gracias al cielo soberano,
como cualquier devoto zamorano
los domingos y días de novena.

Y después de esa raya, y ese punto,
voy á entrar, si es que acierto, en el asunto.

A la orilla del Duero, en una peña
que no puede sufrir la alcantarilla,
se levanta orgullosa, como dueña
de la fértil orilla,
la antiquísima joya de Castilla.
(Y aquí podría hablar de Pero Mate
y disertar con tino y elegancia
sobre si fué la cuna de Viriato
y tiene ó no los restos de Numancia.
Mas no soy erudito ni elegante
como no me lo pida el consonante.)

La población es hoy, y salvo sea
el símil por la idea,
una enorme inscripción medio borrada
que conserva los vívidos reflejos
de la gloria pasada
entre unos cuantos paredones viejos.

De aquí que no se pueda dar un paso
sin hallar al acaso
vestigios, y retazos, y detalles
del episodio aquel, en campo raso,
en los muros, las casas y las calles.

Aquí el palénque abierto
donde, noble y altivo,
mandaba Arias el bravo un hijo vivo
para sustituir á un hijo muerto.

Allá la cruz sencilla
que señala el lugar donde muriera
de muy mala manera
el monarca ambicioso de Castilla.

A este lado el postigo
por donde quiso entrar el Cid Rodrigo...

(Ya estoy haciendo historia
aunque he dicho dos veces que no quiero;
pero es que se me viene á la memoria,
sin poderlo evitar, el romancero.

Como el país convida
á divagar, por poco me he metido
á discutir aquello de Vellido
sin que haya un consonante que lo pida)

La vista se recrea en tan extraña
diversidad de tipos y de trajes;
dudo que haya en el resto de mi España
tal mezcla de costumbres y atalajes.

No voy á detallarlos, por supuesto;
es tarea que abruma,
y el dar idea de esto,
debe dejarse al lápiz, no á la pluma,
que aunque la ayude inspiración divina
no puede describir una anguarina.

De ilustración no hablemos,
so pena de tocar ambos extremos;
hay un trozo de tierra zamorana
donde están en la infancia todavía
y ven salir el sol por la mañana
y escabullirse al declinar el día,
sin la menor idea
de lo que el mundo y su malicia sea.

En cambio hay otro trozo
ó si queréis mejor, hay otra parte
donde se ve con gozo
el brillo de las ciencias y del arte.

Yo tengo allí un amigo, zamorano,
de cuya adquisición me felicito
porque ha llegado á ser casi mi hermano,
y que es tal vez el único cristiano
¡que ha estudiado sanscrito!...

SINESIO DELGADO.